

Ahora, a hacer los deberes

IPNUSAC

Desde 2012 Guatemala ha tenido tres ocasiones de dar pequeños saltos hacia la modernidad, tal como la entiende la extensa comunidad de naciones a la cual las elites locales aspiran a pertenecer con credenciales de plena ciudadanía, es decir, participando de los negocios, las inversiones y los beneficios de la cooperación.

La primera oportunidad surgió cuando el presidente Pérez abrió un debate sobre reforma constitucional que ponía en relieve la diversidad étnica, daba chances de renovar el régimen político, afirmaba la propiedad sobre bienes públicos estratégicos y recuperaba asuntos pendientes de los Acuerdos de Paz. Ese salto –que solo las naciones aliadas apreciaron positivamente- se frustró por la desconfianza entre



los diversos actores, y antes de arriesgar unos cambios ciertos disimuladamente se cerró la carpeta, y nadie lo lamentó.

La segunda ocasión apareció con el juicio del genocidio que asustó a los veteranos atrincherados de la guerra fría, pero que –además de la abierta simpatía internacional– en un inicio gozaba de un acuerdo implícito de las elites, incluyendo los altos mandos del gobierno, hasta que se levantó el fantasma de la conspiración: se ajustará cuentas a todo aquel que asomó a los círculos oficiales hace 30 años y, cuando menos, quedarán manchado como cómplices de crímenes de guerra, un daño irreparable a la reputación y condena al ostracismo. Las elites lo creyeron cuando la advertencia no vino de la vieja camada radical, sino de intelectuales moderados que legitimaban el rechazo al juicio. Y el intento eclipsó cuando el presidente dio el carpetazo al oír que un testigo lo implicaba directamente en la barbarie.

La tercera oportunidad es en realidad un capítulo que no se termina de cerrar y se refiere a la oportunidad de edificar el sistema de justicia a partir de operadores creíbles. Para la comunidad de naciones la fiscal general resume el modelo de interlocutor fiable y capaz de emprender los cambios institucionales con independencia. Sin embargo los saltos frustrados hacia la modernidad en 2012 y 2013 ejercieron

un efecto debilitador del cambio; además, la acumulación del desgaste gubernamental enconchó a la administración de Otto Pérez generando su propia realidad¹ y desconfiando de lo que no controla.

Hasta allí los intentos frustrados de la modernidad en este periodo, que arrojan un saldo en general regresivo. El modelo republicano ha quedado desdibujado por la abierta invasión de poderes del Estado desde el Ejecutivo, constantes choques y aridez en el Congreso, la institución más desacreditada a ojos del pueblo, pero sin duda la más expuesta bajo el lente de las oportunidades perdidas

1. Todos los gobiernos entran a mitad de su periodo en una burbuja aislacionista desde la cual solo se aprecia una realidad que explica su gestión. Esa otra realidad la ha resumido el canciller Fernando Carrera en una entrevista al diario *El País* de España, publicada el 10 de febrero pasado: a) Hemos capturado y expulsado a los Zetas del territorio nacional (una expresión muy similar empleó el ex presidente Álvaro Colom en 2010), entendiéndolo, equivocadamente, que el grupo de narcotraficantes es una suerte de ejército invasor y no una franquicia criminal transnacional; b) Basándonos en las estadísticas de la PNC, “que son independientes del Gobierno”, siguieron descendiendo los homicidios en 2013, “estamos cambiando hacia un país más seguro... ganando en capacidad institucional... el mensaje central es lucha contra la impunidad”; los flujos de dinero del exterior están identificados (1,300 millones de dólares de inversión extranjera y 5,000 millones de remesas), “me hace reír cuando salen los estándares de paraísos fiscales y aparece Guatemala”; c) La aceptación del presidente ha bajado de 80% a 56%, “es un bajón de popularidad, pero nadie en la historia democrática de Guatemala había tenido un respaldo por encima del 40%”.



ha sido la Corte de Constitucionalidad. Por otro lado surgieron los rasgos autoritarios ante las protestas sociales no administradas y el desprecio abierto a la soberanía del Congreso, además de eventos de persecución política bajo el manto de demandas judiciales o escándalos mediáticos. Mientras, las instituciones continúan perdiendo capacidades básicas de gerencia, lo cual se reflejan en la pobre administración del financiamiento público. Y la sociedad quedó crispada entre racismo (pos-matanza de octubre 2012 en Alaska, Totonicapán) e ideologías en desuso en el mundo.

En el medio del tercer salto, decididamente estropeado aunque no consumado, el carpetazo vino del Capitolio. En la lógica de la membrecía al club de las naciones modernas, el mensaje se puede leer como: si quieren gozar de los beneficios del club tienen que hacer algunos deberes, aunque no les gusten. La visita el 10 y 11 de febrero del subsecretario del Departamento de Estado para asuntos de seguridad, el veterano William Brownfield, fue sospechosamente amable, subrayando el respeto a las decisiones de los organismos del Estado, aunque su apuesta quedó registrada en las imágenes de los medios: la fiscal general y la Cicig.

Ante el duro mensaje del condicionamiento de asistencia y préstamos multilaterales, el presidente Pérez reclamó respeto a la soberanía, tratando a la vez de diferenciar entre una Casa Blanca amiga y un Capitolio desinformado. No obstante el rechazo a las condiciones el Gobierno ha empezado a hacer la tarea y a diferencia de los tres últimos años si no la hace bien tendrá consecuencias, y el tiempo no es su aliado. Ya la ministra de Finanzas ha adelantado que este año el Gobierno requiere, mínimo, 238 millones de dólares del Banco Mundial para financiar gasto corriente. La diplomacia del garrote y la zanahoria sigue operando, esta vez para recordar que en el club global de la modernidad se agotan las membrecías de cortesía.

